

El capítulo IV se constituye, por su tema, en el fundamental. Mora, el alma de las reformas de 1833-34, encarna las aspiraciones del partido del progreso para "echar por tierra el poderío de la Iglesia". No obstante su importancia, no se alcanza a percibir el espíritu reformador que desde época temprana está presente en su vida.

Cabe hacer mención que si bien debe considerarse a Mora como forjador de la conciencia burguesa, la lectura del texto no lo refleja. Sí se señalan algunos aspectos que podrían darnos luz al respecto, pero falta puntualizar el cómo se constituyen en rasgos decisivos para la conformación de una conciencia burguesa.

Con todo, el libro se recomienda como un buen acercamiento a la vida del ilustre liberal que destacó a lo largo de la primera mitad del siglo XIX en México.

José Luis Orozco, *Las primicias del imperio, testimonios norteamericanos, 1898-1903*, México, Premiá, 1984, 128 p.

Guillermo Zermeño Padilla

Además de la acertada selección de los textos documentales, otra de las dificultades fundamentales de una buena antología radica en la significación que tengan dichos testimonios para los lectores en su presente. Estos, como todo historiador, tienen el privilegio de ver el pasado cuando éste ya se consumó, cuando las evidencias muestran qué tendencia prevaleció sobre otras y determinó en alguna medida la vida de las generaciones futuras. El rescate de documentos encuentra su sentido pleno cuando el pasado permite ilustrar, plantear, ver problemas que atañen al presente. Uno de estos problemas, sin lugar a dudas, necesario para entender el México de hoy, es el del imperialismo norteamericano que surge a manera de "primicias" en las postrimerías del siglo XIX.

El término imperialista, con frecuencia, ha sido desechado del vocabulario común por incluir connotaciones ideológicas que ofenden en este caso a la conciencia norteamericana. Se trata de un vocablo que cuestiona de raíz la esencia de la democracia estadounidense. Pero en éste como en otros casos, se aplica el dicho popular de que "la verdad no peca pero incomoda" y si una función tiene la historia, es la recuperación de este tipo de verdades que han querido ser oscurecidas, pero que una y otra vez, dadas las evidencias, vuelve a brotar como el cactus espinoso que se niega a morir ante la resequeza del suelo. La última aventura imperialista de nuestro país vecino del norte que terminó en el fracaso de Vietnam sacó a luz sus raíces imperialistas, las que después de unos años de prosperidad y consenso aparente volvieron a perturbar la conciencia del norteamericano y lo pusieron frente a la supuesta pérdida de la "inocencia", algo que ya desde estos años antologados por José Luis Orozco se había perdido.

Hasta antes de la guerra de Vietnam, la historiografía norteamericana trataba el desarrollo imperialista como un factor exógeno a la sociedad y economía. En esta antología *Las primicias del imperio* es imposible argumentar en contra de la existencia de un plan-estrategia imperialista que da forma y color a la nación norteamericana, no sólo desde ese año clave de 1898, sino desde las visiones expansionistas de los presidentes Jefferson y Jackson. Se puede decir entonces que la expansión territorial, con la acumulación de capital y producción de la riqueza consecuentes, la atracción de mano de obra barata y el desarrollo de las fuerzas productivas correspondían casi "por necesidad" a una expansión naval, comercial, militar y política en ultramar. José Luis Orozco ha podido seleccionar con gran acierto documentos testimo-

niales que esclarecen los diferentes niveles en que tiene lugar el desarrollo imperialista estadounidense, como expresión de un "imperativo histórico-natural", del "mercado", de la "sociedad civil" y del "Estado". Clasificación que en lo fundamental concuerda con esa apreciación del connotado historiador norteamericano William A. Williams al decir que el imperialismo ha venido a ser un componente intrínseco del "American way of life" y en ese sentido, si bien la categoría "imperialista" puede ser simple en una intelección primera, requiere a la vez, por su misma complejidad, análisis continuos de su origen, desarrollo y crisis. A este respecto, el trabajo que ahora nos entrega José Luis Orozco responde a una necesidad, especialmente cuando se trata de estos años (1898-1905) de un proyecto internacionalista que toca directamente las costas, las llanuras, las ciudades, la economía y política de los países latinoamericanos, momento en el que los Estados Unidos intentan universalizar "su sentido práctico y empresarial en un mundo que habrá primero de aprender de ellos 'el carácter y el hábito' para hacerse luego merecedores a compartir su prosperidad y su grandeza". (p. 24)

Los años que preceden al siglo XX son el eje para comprender la historia más reciente como "historia contemporánea". En su apreciación, Croce no se equivocaba ante el avance incontenible del capitalismo industrial que no respetaba frontera alguna, fuera ésta geográfica, ideológica, urbana o social. La historia, en sentido hegeliano quedaba materializada por el desplazamiento e intercambio de mercancías a nivel mundial. La guerra de 1914 fue el parangón obligado de una estrategia para la cual el arte de la política resultó insuficiente.

La antología presentada por Orozco permite ver a través de testimonios, manifiestos, discursos, etc., cómo se operó la inserción de los Estados Unidos en la historia mundial al mismo tiempo que la japonesa y alemana, lo cual exigió el reajuste del equilibrio de poder que regía en Europa desde el fin de las guerras napoleónicas. En estos documentos, la conciencia imperialista norteamericana no puede ser más lúcida ante la conjunción de diversos elementos, como el hecho de que dicho país se convierte en una potencia industrial después de la guerra civil (1870), el desafío de la gran depresión económica de 1893 "sólo comparable con la de 1929" y la inspiración del darwinismo social, que exigían que los Estados Unidos no quedara rezagado ante el vasallaje mundial de la raza anglosajona. Esta conciencia se trasluce en los textos traducidos por Orozco de políticos, militares e ideólogos tan importantes como John Fiske, Alfred Thayer Mahan, Theodore Roosevelt, William McKinley, Frederick Jackson Turner, Albert J. Beveridge, Marcus Alonzo Hanna, Woodrow Wilson, Brooks Adams, y otros no tan conocidos pero no menos relevantes, como Charles A. Conant y Roger Quarles Mills.

Sólo un comentario final: si bien a través de los textos antologados se refleja la conciencia de "visionarios" imperialistas, cuya voluntad de dominio se ha visto complacida a manos llenas en el transcurso del siglo XX, cabe pensar sin embargo en la necesidad de complementar dicha visión con la de aquellos segmentos de la sociedad norteamericana que han resistido de muchas formas y en distintos tiempos —basta recordar la oposición generalizada a la guerra de Vietnam— al ejercicio violento del poder en aras de la "democracia" y de la "libertad", dentro y fuera del propio ámbito nacional.